

Miguel Enríquez, el MIR y el «socialismo desde abajo»

Miguel Enríquez, the MIR, and the «socialism from below»

Recibido: 22 de septiembre

Aceptado: 2 de noviembre

Autor: Dr.C. Jaime Navarrete Vergara*

Resumen: Este artículo¹ analiza la relación entre Miguel Enríquez, el MIR chileno y el «socialismo desde abajo» durante el período 1967-1973, especialmente a partir de la idea y experiencia del «poder popular». Enríquez (1944-1974) fue uno de los marxistas más originales del siglo xx chileno y, sin lugar a dudas, el líder más importante de la llamada «nueva izquierda» revolucionaria de los años sesenta y setenta de la misma centuria. La reflexión política y estratégica de Miguel acerca del «poder popular» involucraba una compleja *teoría política del poder*, la cual incorporaba específicamente un análisis crítico del Estado (burgués), del papel de los órganos autónomos de la clase trabajadora y las tareas político-estratégicas del partido revolucionario. Tampoco se puede comprender cabalmente la perspectiva de Miguel si no se comprende la política del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), del cual era su secretario general y principal líder intelectual y político. Aunque el MIR ha sido presentado tradicionalmente como un partido revolucionario, semiclandestino y de cuadros, en realidad fue una organización política que desarrolló importantes vínculos con

*Dr.C. Jaime Navarrete Vergara (1989). Email: jaimenavarretevergara@gmail.com. Doctor en Historia por la Universidad de Santiago de Chile. ORCID: 0000-0001-5538-6594.

el pueblo trabajador y la clase obrera. Respecto a esos vínculos, el esfuerzo de Miguel fue fundamental.

Abstract: This article analyzes the relationship between Miguel Enríquez, the Chilean MIR, and «socialism from below» during the period 1967-1973, especially based on the idea and experience of «popular power». Enríquez (1944-1974) was one of the most original Marxists of 20th-century Chile and, without a doubt, the most important leader of the so-called revolutionary «new left» of the 1960s and 1970s. Miguel's political and strategic reflection on «popular power» involved a complex political theory of power, which specifically incorporated a critical analysis of the (bourgeois) state, the role of the autonomous organs of the working class, and the political-strategic tasks of the revolutionary party. Nor can Miguel's perspective be fully understood without understanding the politics of the Revolutionary Left Movement (MIR), of which he was the secretary general and principal intellectual and political leader. Although the MIR has traditionally been presented as a revolutionary, semi-clandestine, cadre-based party, it was in fact a political organization that developed important links with the working people and the working class. Miguel's efforts were fundamental to these ties.

Palabras clave: Miguel Enríquez, MIR, poder popular, pueblo, revolución.

Keywords: Miguel Enriquez, MIR, people, popular power, revolution.

Los trabajadores están construyendo en las comunas sus propias instituciones de clase; los Comandos Comunales, órganos del Poder Popular que se fortalece día a día, y lo seguirán haciendo lo acepten o no lo acepten los vacilantes y reclamen lo que reclamen los reaccionarios.

Miguel Enríquez, 1973

Introducción

Miguel Enríquez (1944-1974) fue uno de los marxistas más originales del siglo XX chileno y, sin lugar a dudas, el líder más importante de la

llamada «nueva izquierda» revolucionaria de los años sesenta y setenta de la misma centuria. En 2024, a cincuenta años de su caída en combate, nuevas conmemoraciones volvieron a caracterizar a Miguel Enríquez como el hombre y político que realmente fue: un revolucionario empedernido y un político estratega que vivió intensa y alegremente esos agitados años de la «larga» década del sesenta. Entre las caracterizaciones que envolvieron tales conmemoraciones, la relación entre Miguel y el «poder popular» ocupó un lugar especial, así como también las distintas experiencias de articulación entre el MIR y sectores del pueblo chileno (Archivo Histórico Nacional, 2024²).

Aunque el MIR ha sido presentado tradicionalmente como un partido revolucionario, semiclandestino y de cuadros, en realidad fue una organización política que desarrolló importantes vínculos con el pueblo trabajador y la clase obrera. Respecto a esos vínculos, el esfuerzo de Miguel fue fundamental. Al caracterizar al MIR exclusivamente como una «organización guerrillera», o como un grupo de «asaltantes revolucionarios de bancos», se ha eludido en realidad lo que fue una de sus principales características: su relación con sectores importantes de la clase trabajadora chilena, particularmente durante el gobierno de Salvador Allende y la Unidad Popular (1970-1973) (Navarrete Vergara, 2023). Se ha escrito mucha literatura sobre el MIR chileno, pero muy poco sobre su relación con el movimiento popular (Cofré, 2007; Leiva, 2010). Tampoco se ha estudiado la perspectiva de Miguel sobre el «poder popular», una de las consignas que más se han asociado con la experiencia del MIR (Mazzeo, 2014). Para él, la idea del poder popular era parte integral de una alternativa estratégica y política hacia la construcción del socialismo. Nacido en una familia de la mesocracia ilustrada del Gran Concepción, la extracción «pequeñoburguesa» de Miguel nunca le impidió comprender —como dijera el teórico y militante marxista Antonio Gramsci— la necesidad de establecer una «relación sentimental» con el pueblo.

El problema del «poder popular» se refería al problema de la relación entre el poder del Estado (y las clases dominantes) y el control obrero

o popular que expresaría la gestación «desde abajo» de instituciones de un nuevo orden social. Marx y Engels no problematizaron con profundidad este problema desde el punto de vista teórico, pero establecieron una reflexión histórica y política de enorme importancia para los debates posteriores, a partir del caso específico de la Comuna de París (1871) (Marx, 1979; 2003; 2010; Marx, Engels y Lenin, 2014). Más tarde, la revolución rusa permitió que los bolcheviques resolvieran el problema a través de la idea de «doble poder» o «poder dual», analizando la confrontación entre los soviets y el gobierno de Kerensky en 1917. Otras experiencias en Europa y América Latina también permitieron abrir paso a esta reflexión. Los debates marxistas de comienzos del siglo xx se refirieron a esta experiencia de organización autónoma de la clase trabajadora a través de diferentes conceptos: «poder proletario», «poder obrero», «poder de los trabajadores», «poder desde abajo», «poder popular», etc. Lenin y Gramsci, entre otros marxistas estratégicos, colaboraron profundamente con esta reflexión, pronunciándose sobre las modalidades alternativas al Estado burgués impulsada por la iniciativa de las masas populares y movimientos revolucionarios (VV.AA., 1972; Mandel, 1974; Zavaleta, 1974; Gramsci, 1975; Lenin, 1981; Camacho y Menjívar, 1989).

Por cierto, Miguel tenía pleno conocimiento de estos debates. Su reflexión acerca del «poder popular» involucraba una compleja y más amplia *teoría política del poder*, la cual incorporaba específicamente un análisis crítico del Estado (burgués), del papel de los órganos autónomos de la clase trabajadora y las tareas político-estratégicas del partido revolucionario. Tampoco se puede comprender cabalmente la perspectiva de Miguel si no se comprende la política del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), del cual era su secretario general y principal líder estratégico y político. Pero, para él, puesto que era un marxista revolucionario y heterodoxo, el problema del poder involucraba también un debate más preciso sobre el sujeto, o si se quiere, sobre el *sujeto de la lucha*. Desde su perspectiva, la

relación orgánica entre «clase» y «partido» tenía una consideración estratégica. En efecto, Miguel no dejó nunca de observar la actitud clasista de los trabajadores, la fuerza creadora del pueblo, la propulsión histórica del movimiento popular. Y para él, tal como había expresado Marx (2017), «la emancipación de la clase obrera» sería «obra de los obreros mismos» (p. 98). Allí yacía un fundamento *humanista radical* de la tradición socialista que Miguel compartía plenamente. Para él, por tanto, era fundamental que la política del MIR se levantara sobre la «obra de los obreros mismos», es decir, sobre sus propias luchas y movilizaciones.

La «era revolucionaria» de América Latina y de Chile

La década de 1960 marcó un punto de inflexión en la historia de América Latina, impactando profundamente sobre la dinámica social y política chilena. De pronto, Chile se situaba en el cruce de grandes dinámicas globales y regionales. Como se sabe, la Guerra fría envolvió acontecimientos históricos de enorme magnitud y relevancia: la tensión creciente entre los Estados Unidos y la Unión Soviética, las crisis progresivas del capitalismo monopolista y el «socialismo real», la Revolución china, la Revolución cubana, la guerra de Vietnam, los movimientos de liberación nacional (MLN) y la descolonización en África y Asia, así como los diversos movimientos marxistas, populares y guerrilleros de América Latina, y la contrainsurgencia apoyada por la CIA y el imperialismo estadounidense a través de diversos golpes de Estado en la región. Estos procesos influyeron sobre diversas experiencias latinoamericanas de la década de 1960. En la época de Miguel Enríquez, tras el influjo de la Revolución cubana (1959), los debates estratégicos y políticos sobre el socialismo adoptaron un nuevo cariz. Desde el Caribe, se comenzó a irradiar una «ola» revolucionaria por toda América Latina. Así ocurrió, por cierto, con el caso chileno (Vitale, 1995).

El joven Enríquez creció al calor de esta convulsa década de luchas sociales y conflictos políticos globales. En Chile, el escenario político estaba dividido en tres grandes fuerzas políticas (izquierda, centro y derecha). Sobre ese escenario se configuraron disputas entre diversos proyectos de modernización y desarrollo,

situadas en el marco de la Guerra Fría y de la reconfiguración regional. La izquierda chilena, integrada por el Partido Socialista (PS), el Partido Comunista (PC) y el movimiento obrero y sindical, así como por diversas organizaciones campesinas, indígenas y populares, debatía, desde perspectivas de desarrollo y democratización, qué modelo económico y político permitiría mayor justicia social, mientras emergían diferencias entre enfoques reformistas y socialistas radicales respecto a ritmos y métodos de transformación estructural (Salazar y Pinto, 2010).

En este marco, la izquierda chilena enfrentó duros y nutritivos debates, abordando los problemas estratégicos de la participación electoral, la «vía reformista» y «revolucionaria» y la movilización directa, configurando un paisaje político caracterizado por alianzas y tensiones, así como una reflexión constante sobre el papel del Estado y la revolución, la democracia y el socialismo, antecedentes que anticiparon las dinámicas políticas posteriores, incluida la emergencia de la candidatura de Salvador Allende y la Unidad Popular en 1970 (Casals, 2010).

En este marco, surgieron experiencias políticas significativas como el MIR y el Movimiento de Acción Popular Unitaria (MAPU), que ampliarían las mixturas de acción política y organización popular. La influencia de la Revolución cubana adquirió un carácter decisivo, al actuar como referente simbólico y operativo para la organización, la movilización y la acción política de actores estudiantiles, sindicales y populares. El MIR planteó una severa crítica a la «parlamentarización» de los partidos de izquierda, llamando a construir una verdadera organización revolucionaria y a recuperar lo mejor de la tradición socialista.

Para el MIR y Miguel, la crisis que azotaba al gobierno de la Democracia Cristiana (1964-1970), además de la polarización asociada con las fuerzas políticas y la radicalización de algunos sectores del movimiento popular, era signo evidente para establecer una política de masas coherente con la vibrante *potencia plebeya* que manifestaban numerosas organizaciones obreras, campesinas, indígenas y populares. Miguel analiza, en este

contexto, la «fuerza creadora del pueblo». A fines de los años sesenta, las huelgas ilegales de obreros industriales en las ciudades de Santiago y Concepción llamaron la atención nacional, así como también la creciente ocupación de tierras en las provincias del sur, protagonizadas sobre todo por comunidades indígenas. Las «tomas» de sitios en la periferia de grandes ciudades mostró el protagonismo creciente de los «pobre urbanos» y sus luchas por la vivienda. Para Miguel, será importante prestar atención a estas expresiones radicales de movilización popular. El papel del pueblo era central para la elaboración de la política revolucionaria.

Sin embargo, él no era un «movimientista», sino un leninista convencido: sabía que era la lucha política la que elevaba la conciencia de clase, en este caso, la conciencia política de la clase trabajadora; sobre todo, la conciencia de la lucha por el poder político. O por el socialismo. Por ello, el *partido* era, en términos estratégicos, fundamental. Desde 1967, Miguel se alzó como secretario general de la organización, delineando un nuevo tipo de organización revolucionaria en el Chile de los años sesenta, activando una inserción acelerada en el campo popular.

El MIR de Miguel

Para la tradición marxista y leninista del siglo xx, el *partido* era un actor gravitante de la lucha revolucionaria: expresaba la organización política del pueblo; una herramienta de lucha o instrumento que definía caminos estratégicos para el conjunto de los sectores subalternos. Según Lenin, el *partido* era clave para incorporar al proletariado en la lucha *propia* política. Sin embargo, para muchos marxistas latinoamericanos y revolucionarios, el *partido* no era el actor central de la revolución, sino, ante todo, era concebido en función de un proceso más amplio de autoemancipación de las clases subalternas. Las orientaciones generales de una política revolucionaria y socialista

debían fundamentarse, por tal motivo, en el propio pueblo, su *praxis*, su experiencia de organización y lucha (Lenin, 1981).

Miguel llegó a esbozar críticamente una perspectiva específica sobre el partido político, una perspectiva particular sobre la organización política y, más específicamente, una mirada particular sobre la organización política revolucionaria, cuyo objetivo no era sino canalizar y conducir la fuerza de la clase obrera y el pueblo hacia la «lucha política de clases», a combatir al enemigo. En última instancia, para él era fundamental robustecer ese proceso de autorganización, consolidar poco a poco una fuerza social y política de masas y, sobre todo, construir un socialismo articulado a la experiencia concreta del pueblo trabajador, es decir, un «socialismo desde abajo».

Para el joven Enríquez, un partido organizado para la revolución debía serlo sobre las demandas concretas del pueblo trabajador. Desde 1965, año de su fundación, el MIR había dejado establecido un objetivo claro a ese respecto: derrocar el sistema capitalista y reemplazarlo por un «gobierno de obreros y campesinos, dirigidos por los órganos del poder proletario» (MIR, 1965, p. 1). Este objetivo implicaba realizar una serie de tareas partidarias, entre las cuales la inserción de la militancia en las organizaciones y luchas populares era un imperativo de primer orden. Tras el III Congreso Nacional del MIR (diciembre de 1967), Miguel fue elegido como su secretario general, precisando definiciones políticas y estratégicas para la organización.

Dicha cita congresal había aprobado una tesis político-militar escrita de puño y letra por el propio Miguel, que abordaba la definición de la lucha armada como una «guerra popular, irregular y prolongada», una «guerra política revolucionaria» o una «guerra social y política de masas» (Enríquez, [1967] 2019; Hernández, 2004). Esta perspectiva político-militar, como se podrá apreciar, nunca dejaría de eludir el

papel que debía jugar el pueblo en la lucha revolucionaria. Para el joven Enríquez, la lucha armada no podía ser una tarea exclusiva de elites intelectuales o de revolucionarios iluminados, «aislados de las masas»; para él, la lucha armada debía ser impulsada por el pueblo y la clase obrera. Por eso, siempre dijo muy certeramente que las acciones armadas «no podrán ser realizadas sino en general por obreros y campesinos» (Enríquez, 1970, pp. 26-27).

Por cierto, esta mirada tenía una clara perspectiva estratégica, ya que expresaba el desafío de la relación entre lo social y lo político: «La conquista del poder por obreros y campesinos exige fórmulas orgánicas y políticas distintas a las anteriores. En primer lugar, exige organización de clase, esto es, que se organicen los explotados para combatir a quienes les roban el producto de su trabajo». Y aclaraba: «Nuestra tarea fundamental, entonces, será ayudar a empujar el auge que la lucha social evidencia desde hace más de dos años» (pp. 3, 4 y 6).

El gobierno de Eduardo Frei Montalva (1964-1970) se había propuesto una «Revolución en Libertad», privilegiando una «vía no-capitalista» de desarrollo y modernización para el país. Incorporando a diversas fracciones de la burguesía industrial, las clases medias y sectores del campesinado, esta base social constituía el respaldo de la Democracia Cristiana y del liderazgo de Frei Montalva, lo cual le permitió avanzar en un programa de transformaciones donde la Ley de Reforma Agraria (1967) fue fundamental, ya que abrió las puertas al debilitamiento del poder terrateniente (y su expresión parlamentaria) y, por cierto, a la organización y movilización de los trabajadores rurales y campesinos sin tierras (Barraclough, 1971; Yocelvezky, 1987). Entre 1967-1970, el protagonismo de los movimientos sociales fue *in crescendo*.

El auge de las luchas obreras, campesinas, indígenas y populares a lo largo de la década de los años sesenta le permitió al MIR chileno catalizar una reflexión más precisa sobre este punto, que llevó a toda su militancia a

comprender la importancia que tenía vincular la *política revolucionaria* con las luchas concretas de la clase obrera y el pueblo trabajador. Por eso, entre 1967-1970, a través de la creciente radicalización de sectores específicos del campo popular chileno, Miguel y el MIR fueron elaborando una táctica de movilización coherente con esa radicalización y politización popular. Él creía que era importante empujar y apoyar estas luchas, organizar sus demandas, brindarles una traducción político-programática, fortalecer su capacidad de movilización, es decir, «elevar la conciencia política del proletariado» (Marx, 2017, p. 54). El MIR se fue transformando paulatina, pero vertiginosamente, en un partido vinculado de lleno a la lucha del pueblo chileno. Como se ha dicho, esa relación entre el pueblo y el MIR era una cuestión de suma importancia para el joven Miguel.

Esta perspectiva política había sido delineada inicialmente —con mayor énfasis— en el documento «¿Cuál es el camino: “Grupo operativo” o las “Acciones Directas?”», donde exponían planteamientos críticos y novedosos sobre la relación entre lo político y lo militar. Asociado exclusivamente a la lucha armada, en realidad el MIR pugnaba por enraizar la política revolucionaria en las clases populares. En dicho documento, Miguel daba cuenta de formas radicales de movilización que estaba impulsando un sector del pueblo, la clase obrera y el campesinado y, por tal motivo, no solo las «expropiaciones bancarias» pasaban a ser el tipo de acción prioritaria, sino que más bien las emergentes pero contundentes «acciones directas de masas» (Thielemann, 2018, pp. 127-130)³. Esto convirtió al MIR rápidamente en un actor relevante de la política nacional.

A medida que toma la «temperatura» del movimiento popular, Miguel elabora una reflexión política y busca fórmulas orgánicas para penetrar diversos sectores de masas. El reconocimiento de la actividad política del pueblo como un factor clave de la lucha socialista y revolucionaria lleva a Miguel y la dirección del MIR a definir claramente sus planes de «inserción». Fue sobre esta radicalización popular que el MIR logró

imponer su presencia en el mapa político nacional, particularmente desde 1968-1969. Hacia 1969, distintos sectores políticos del país reconocían que la organización estaba detrás de acciones radicales del movimiento popular. Al evaluar el desarrollo de la organización, Miguel dice lo siguiente respecto a la sintonía entre la política revolucionaria y las luchas populares: «[El MIR] ganó, primero, niveles de simpatía popular y sus acciones alcanzaron progresivamente una mayor aceptación entre los trabajadores en la medida que vinculó sus acciones a los intereses de éstos. Crece rápidamente entre estudiantes y pobladores y también desde algún tiempo entre los mineros, campesinos, mapuches, obreros industriales» (Secretariado Nacional del MIR, 1970, pp. 3-4).

Sin embargo, la conclusión preliminar de Miguel era muy sincera: «Todavía le queda a la izquierda revolucionaria un enorme trecho que recorrer. Recién está dando sus primeros pasos. Debe superar muchas debilidades, ligándose cada vez más a los frentes de masas» (4). Hacia 1970, sin embargo, Miguel tiene muy clara la importancia de su relación con el pueblo y, sobre todo, estas expresiones de acción colectiva, reconociendo de hecho que el MIR «se desarrolla y fortalece como consecuencia del avance de las movilizaciones de masas» (3). Como se aprecia, en todo momento la elaboración política va de la mano de una aguda lectura de la actividad organizada del pueblo.

La vía chilena al socialismo: prueba de fuego para el movimiento popular

Tras el triunfo de Allende y la Unidad Popular en 1970, hito que abrió un nuevo período político para el país, Miguel profundizó estas reflexiones. El triunfo de Allende inauguró un período inédito en la historia de Chile, un verdadero período de «primavera» popular. El ascenso del *Gobierno Popular* había agudizado rápidamente los niveles de la lucha de clases, destacándose en ella la fuerza del pueblo y, por ello, una creciente politización popular en

clave socialista (Winn [1986], 2004; Cancino, 1988; Gaudichaud, 2004; 2016; Pinto, 2005; 2014; Cury, 2018; Henry *et. al.*, 2020; Magasich, 2020-2023; Ortiz *et. al.*, 2021-2022). El MIR había reconocido que el *Programa de la Unidad Popular* representaba en el plano electoral los intereses de los trabajadores chilenos. Para Enríquez, el objetivo era profundizar este programa mediante la incorporación de sectores populares al proceso político liderado por Allende, preparar las condiciones para el desarrollo de la lucha armada y crear una base social cuyas demandas superaran las limitaciones de dicho programa.

La posición del MIR respecto al triunfo de la Unidad Popular se expresó tan pronto Allende asumiría el gobierno (Secretariado Nacional del MIR, 1970). Aunque saludaban el ascenso de un Gobierno Popular, también se permitían un análisis del Estado y la revolución, así como de establecer algunas de sus diferencias políticas o estratégicas. Algunas de estas diferencias se expresaron también en el plano político-programático. Por ejemplo, el programa de Allende con respecto a la reforma agraria involucraba *solo* a los campesinos de los fundos y propiedades que excedían las ochenta hectáreas de riego básico, mientras que el MIR planteaba que la reforma agraria había que profundizarla incorporando a los trabajadores rurales que laboraban en los fundos que tenían entre cuarenta y ochenta hectáreas de riego básico (es decir, que no estaban incorporados en la lectura de la UP y que, igualmente, estaban insertos en determinadas relaciones de explotación y expoliación en la agricultura chilena). En el fondo, el *Programa de la Unidad Popular* dejaba al margen del proceso de cambios a capas mayoritarias del campesinado chileno. Pero estos trabajadores agrícolas ya habían comenzado a organizarse rápidamente, pujando por su incorporación democrática al proceso político. En efecto, el MIR se planteó alternativas para incorporar a los más pobres del campo a las políticas allendistas, específicamente a los trabajadores marginados del latifundio, entre ellos, los medieros, los temporeros, los afuerinos, los campesinos sin tierras, etc. Según Miguel,

allí había capas populares que estaban al margen del proceso de transformaciones liderado por Allende y era fundamental acercarlos a la lucha por el socialismo (Cancino, 1988; Gaudichaud, 2016; Cury, 2018).

Para Enríquez, por tanto, era un imperativo actuar con audacia y rapidez. Esta nueva realidad requería, para él, una correspondencia orgánica, por lo cual se preocupó de impulsar una línea de «frentes intermedios de masas», es decir, una línea de articulación clara entre la política del MIR y las movilizaciones del pueblo. Miguel no descansa y piensa en todo momento cómo construir lazos orgánicos con esas vibrantes luchas de masas. Fue en este contexto que comenzaron a tomar forma los llamados frentes de masas asociados al MIR: el Frente de Trabajadores Revolucionarios (FTR), el Movimiento de Pobladores Revolucionarios (MPR), el Movimiento Campesino Revolucionario (MCR), el Movimiento Universitario de Izquierda (MUI). Para Miguel, se torna un imperativo militante vincularse rápidamente con las luchas del pueblo trabajador, buscar las formas de aportar orgánicamente a su desarrollo y, sobre todo, abordar sus demandas programáticamente. La tarea de estos «frentes intermedios» era, básicamente, acercar la política al pueblo y, por tal motivo, decenas y cientos de militantes miristas abandonaron sus estudios, rutinas o comodidades para incorporarse como cuadros orgánicos a la tarea de articular la política revolucionaria del MIR con las demandas y movilizaciones del pueblo chileno (Navarrete Vergara, 2023).

En este contexto, el papel de la militancia en los frentes intermedios fue fundamental. Estos expresaban, básicamente, la articulación orgánica entre estas luchas sociales y la política revolucionaria. Desde ellos, en conflictos sociales muy concretos, las y los militantes miristas aportaron, concretamente, por ejemplo, al organizar una protesta local, al coordinar la «acción directa», al convocar al barrio y los territorios, al distribuir democráticamente tareas organizativas, al establecer alianzas sociales, al promover la formación política, en

definitiva, a elevar la conciencia política del pueblo y, por tanto, construyendo la organización adecuada para sus luchas, demandas y movilizaciones. Cumpliendo con estas tareas, el MIR logró una inserción cada vez más intensa en el seno del campo popular. A lo largo de 1971, la organización de las banderas rojas y negras logró ampliar su radio de influencia entre los llamados «pobres del campo y la ciudad», para convertirse en una organización revolucionaria plenamente arraigada en la vida política del pueblo chileno. De hecho, el funeral de Luciano Cruz —máximo dirigente de masas del MIR— había revelado esa sintonía con las clases subalternas (Muller, 1971; Lovera, 2020).

En el discurso de la muerte de Moisés Huentelaf realizado en Temuco (noviembre de 1971), Miguel explicó la importancia del papel de los trabajadores en la lucha por el socialismo. Para él, «en la fuerza de sus movilizaciones se desarrolla una potencia incontenible que nada ni nadie podrá detener, que es la única garantía de un camino revolucionario y socialista». Miguel tiene claridad de que esa «es la única forma de derrotar a las clases dominantes, de resolver los problemas de los trabajadores, de hacer avanzar a los obreros y campesinos [...] Es a través de estas movilizaciones que los trabajadores ganan conciencia y organización, las que se traducen posteriormente en fuerza». En el centro de la estrategia, por tanto, aparecía de nuevo el pueblo y, más precisamente, la acción política del pueblo trabajador.

Por cierto, la ofensiva de la clase dominante al proceso de cambios económicos, sociales y políticos liderado por Allende no se hizo esperar y en octubre de 1972 lanzaron un paro general, gatillado por los dueños de camiones agrupados a nivel nacional, quienes fueron articulando poco a poco a la oposición parlamentaria, los gremios empresariales, los colegios profesionales y a un sector de las clases medias y dominantes, todo ello en un amplio movimiento antisocialista que

desestabilizó el abastecimiento y la distribución de bienes y servicios y, por tanto, terminó por atacar o desestabilizar las condiciones de vida mínimas de vastos sectores de la población chilena, especialmente de las clases más pobres del país. Agrupada en torno al Pliego de Chile, la clase dominante chilena se había decidido a contrarrestar el gobierno de Allende, empujando la devolución de fábricas y fundos a sus antiguos dueños, limitando el Área de Propiedad Social y la reforma agraria y, sobre todo, bloqueando en el parlamento las medidas del Gobierno Popular. Peor aún, organizando el complot, el boicot económico, el desabastecimiento y la sedición, con el cómplice apoyo de los Estados Unidos y el imperialismo (Campero, 1984; Valdivia, 2008; 2014; Oszlak, 2016; Seguel, 2022).

El paro de octubre desnudó dramáticamente el conflicto social en el Chile de la Unidad Popular, lo que agudizó la lucha de clases y, por tanto, elevó a un nivel más alto la conciencia política de un sector del pueblo chileno. Durante octubre y noviembre de 1972, el movimiento popular tomó su lugar. Miles de hombres y mujeres de a pie comenzaron a tomar, con sus propias manos, las decisiones de cómo destrabar, por ejemplo, los problemas del transporte público, la distribución y el abastecimiento; de cómo organizar y desarrollar las Juntas de Abastecimiento y Precios; de cómo organizar la producción industrial y abrir camino al «control obrero de la producción», entre otras formas de organización y producción. Diversos sectores de la clase obrera y el pueblo sintieron amenazados sus derechos y condiciones de vida, por lo que defendieron al Gobierno Popular. Varios sectores del pueblo, en diferentes regiones del país, se organizaron frente al paro patronal y alentaron nuevas formas de acción colectiva y organización popular, con el objetivo de apoyar a Allende ante la crisis y la ofensiva de la clase dominante. Aquí tomaron fuerza los llamados cordones industriales, los consejos campesinos, los comités de pobladores y otras formas de organización proletaria (Grupo de Estudios El Germinal, 2019). El famoso documental *La Batalla de Chile* captó

claramente estas nuevas formas de organización y lucha popular (Guzmán, 1976). Fue precisamente esta disposición del pueblo la que deslumbró nuevamente a Miguel.

Miguel impulsa la constitución de un *Pliego del Pueblo* con las demandas populares y, en no menor medida, por la profundización de su trabajo al interior de las fuerzas armadas. Decidido no solo a combatir el sectarismo, sino a articular y agrupar a las fuerzas políticas de dentro y fuera de la Unidad Popular, Miguel llama a constituir un «polo revolucionario» con el objetivo de avanzar resueltamente en el proceso de reformas y transformaciones liderado por Allende. Puesto que para el MIR «el socialismo es el pueblo hecho poder», Miguel está empeñado en continuar articulando espacios orgánicos donde confluyan los emergentes cordones industriales de obreros, los consejos provinciales campesinos, las organizaciones barriales y populares, así como también las juntas de abastecimiento y precios, las juntas de vigilancia y comités de industria y comercio, entre otras formas de asociatividad obrera y popular.

Los partidos de la Unidad Popular, especialmente el PC y el PS, se vieron empujados por esta dinámica del movimiento de masas. Pero, más importante aún, fue su intervención en los debates emergentes sobre el «poder popular». Tal como se ha dicho, este debate involucraba una mirada específica sobre el carácter del Estado (burgués), en este caso, en un contexto donde la izquierda había accedido a una porción del poder estatal (el Ejecutivo). En cierto modo, el debate giró en torno al papel de la Unidad Popular en el proceso de transformaciones que lideraba y si acaso el Estado era o no un instrumento al servicio de tales transformaciones. Gaudichaud (2004) señaló que la UP reconoce al Gobierno como «un instrumento en las manos de las clases trabajadoras en su lucha para la transición al socialismo» (p. 26).

La Crisis de Octubre distanció aún más al MIR de las orientaciones de Allende y la UP. En diciembre de 1972, con motivo de un análisis sobre el

paro patronal, Miguel participó del llamado Foro del Poder Popular, organizado por el Sindicato de Trabajadores del diario *El Clarín*. Desde nuestro punto de vista, Enríquez fue capaz de ir delineando, desde 1972-1973, una reflexión específica sobre el Estado y la revolución, en la cual el problema del «poder popular» comenzó a convertirse en una cuestión de importancia capital. Así puede comprenderse el hecho de que haya elaborado documentos importantes al respecto, pero también de que haya realizado algunas intervenciones públicas fundamentales. Tal como se dijo, para Miguel el pueblo era un actor central de la revolución. El MIR discrepaba con el gobierno al buscar una salida a la crisis apoyándose en la constitución de un gabinete cívico-militar; para Miguel era fundamental confiar en las capacidades del pueblo chileno (Enríquez, 1973).

Así reflexionó: «Ante la ofensiva patronal, la clase obrera y el pueblo dieron un enorme salto adelante, un gigantesco paso adelante». Para él, lo que octubre había evidenciado era el surgimiento de una alternativa popular que era necesario tomar en cuenta. Frente al despliegue de la clase dominante, era fundamental canalizar la fuerza popular, desplegada en ese mes, hacia la formación de un poder plenamente alternativo sobre el cual se sostuviera una nueva institucionalidad y un nuevo Estado. Enríquez señaló que era fundamental superar esa crisis apoyándose precisamente en los sectores movilizados del pueblo, planteando la tarea de constituir Consejos Comunales de Trabajadores, es decir, formas orgánicas que permitieran desarrollar y fortalecer la fuerza de la clase obrera y el pueblo. Para Miguel, en ese momento, «había que buscar un mecanismo unificador de todo el pueblo, un mecanismo que, al mismo tiempo que unificara, incorporara a capas que estaban más retrasadas o que estaban pasivas». Su objetivo era canalizar y proyectar esa fuerza social para combatir a la oposición y seguir profundizando la vía chilena al socialismo. Pero igualmente a incorporar sectores todavía marginados del proceso político de cambios.

Por tanto, esa *propulsión* popular era fundamental para profundizar el proceso. «Esa fuerza», dijo, no podía encontrarse «en los pasillos del Congreso, en los pasillos del ministerio»: aquellos «eran instrumentos, posiciones que, colocadas al servicio de la búsqueda de la fuerza en la fuente fundamental, el movimiento de masas, podían permitir acumular realmente la fuerza a favor del pueblo». Esto implicaba una mirada particular sobre el Estado y, aún más, sobre un *Gobierno Popular* como instrumento político en la lucha por el socialismo. Es decir, una articulación entre gobierno popular y poder popular. Miguel se preocupa por defender una visión particular respecto al «poder dual» y, más específicamente, sobre la necesidad de constituir los Comandos Comunales de Trabajadores como expresión orgánica, emergente y con vistas a articular esa fuerza social con el poder instituyente (Cancino, 1988).

Para Miguel, la cuestión se expresaba como sigue:

La polémica no está puesta en si tienen que desarrollarse contra el gobierno o a favor del gobierno; la política tiene que ser otra, cómo se articula la utilización del instrumento del gobierno independizado de la generación de órganos de poder progresivos al interior del movimiento de masas y la resultante de ambos factores o instrumentos puede permitirnos realmente avanzar.

Para Enríquez, «esos órganos no tenían que tener como eje una política contra el gobierno, ni mucho menos». Pero establecer estos órganos de poder popular no como «embriones de poder, sino como organismos dependientes del aparato del Estado y subordinados a él, es justamente anular su desarrollo» (Enríquez, 1972).

A lo largo de 1973, Miguel fue profundizando estas ideas. No le impide, aquello, decidir su apoyo a la Unidad Popular en las elecciones parlamentarias de marzo, pero su esfuerzo prioritario sigue en estructurar los embriones de poder popular y, particularmente, algunos Comandos Comunales de Trabajadores. Su esfuerzo está, sobre todo,

en presionar a Allende a defender el programa y las conquistas proletarias apoyándose en estos órganos de poder y no seguir concediendo a la burguesía parte del Programa de la Unidad Popular (que según el resultado electoral de marzo de 1973 todavía contaba con el apoyo de 44% de la población). En el famoso discurso del Teatro Caupolicán, en julio de 1973, Miguel seguía confiando plenamente en el pueblo: «El pueblo emplaza su fuerza, desarrolla el poder popular, multiplica los Comandos Comunales, y levanta la organización de su defensa» (Enríquez, 1973a, p. 34). El máximo dirigente del MIR no deja nunca de pensar la política y estrategia revolucionaria sobre la base de esa experiencia embrionaria, pero real, que son los emergentes órganos de «poder popular» durante esos sinuosos ritmos que atraviesa la vía chilena al socialismo. Desde entonces, Miguel ya se había encaminado a elaborar una mirada más global y crítica sobre el Estado y la Revolución en el Chile de la Unidad Popular.

Una breve reflexión

A cincuenta y dos años de la caída en combate de Miguel Enríquez, el líder más importante de la izquierda revolucionaria chilena de los «largos» años sesenta, se torna fundamental profundizar su mirada sobre el poder popular, una de las reflexiones centrales del MIR y, particularmente, de Miguel. Para él, como se dijo, se trataba de un imperativo que la militancia de la organización se conectara orgánicamente con las luchas y demandas del pueblo chileno. Aprovechando el período de ampliación democrática que inauguró el ascenso de un gobierno popular, Miguel y el MIR aprovecharon para promover la profundización del *Programa de la Unidad Popular* desde las propias luchas sociales, con motivo de incorporarlas al proceso político liderado por Allende a través de la propia participación política. Como se dijo antes, para Miguel la vinculación entre el pueblo y la política revolucionaria fue un aspecto fundamental para *luchar y crear poder popular*. Pero esto también había reflejado poco a poco su

concepción del marxismo como «filosofía de la praxis», donde el papel de la clase obrera y el pueblo ocuparon un lugar central en su esfuerzo por pensar la estrategia revolucionaria y el «socialismo desde abajo».

Referencias bibliográficas

Archivo Histórico Nacional (2024) *Mi felicidad es la lucha: fragmentos documentales de Miguel Enríquez*, 4 de octubre.

Barraclough, S. (1971). Reforma Agraria: historia y perspectivas. *Cuadernos de la Realidad Nacional*, (7), pp. 51-83.

Camacho, D. y Menjívar, R. (coords.) (1989). *Los movimientos populares en América Latina*. Ciudad de México: Siglo XXI-Universidad de Las Naciones Unidas.

Campero, G. (1984). *Los gremios empresariales en el período 1970-1983: comportamiento sociopolítico y orientaciones ideológicas*. Santiago de Chile: Instituto Latinoamericano de Estudios Transnacionales.

Cancino, H. (1988). *La problemática del poder popular en el proceso de la vía chilena al socialismo, 1970-1973*. Aarhus University Press.

Casals, M. (2010). *El alba de la revolución. La izquierda y el proceso de construcción estratégica de la «vía chilena al socialismo», 1956-1970*. Santiago de Chile: LOM Ediciones.

Cofré, B. (2007). *Campamento Nueva La Habana: el MIR y el movimiento de pobladores, 1970-1973*. Concepción: Escaparate.

Cury, M. (2018). *El protagonismo popular chileno. Experiencias de clase y movimientos sociales en la construcción del socialismo (1964-1973)*. Santiago de Chile: LOM Ediciones.

Enríquez, M. ([1967] 2019). *¡A construir la revolución chilena!* Concepción: Escaparate.

Enríquez, M. (1970). El MIR y las elecciones presidenciales. *Punto Final*, (104), 12 de mayo, pp. 1-8.

Enríquez, M. (1971). La alternativa de Chile es socialismo o fascismo. *Punto Final*, (143), 9 de noviembre, pp. 1-8.

Enríquez, M. (1972). La izquierda hace su balance. *Punto Final*, (172), 5 de diciembre, pp. 21-48.

Enríquez, M. (1973a). *En el camino del poder popular*. Santiago de Chile: Ediciones El Rebelde.

Enríquez, M. (1973b). Foro Político: El Poder Popular y los Comandos de Trabajadores. *Punto Final*, (175), 16 de enero, pp. 1-22.

Gaudichaud, F. (2004). *Poder popular y cordones industriales. Testimonios del movimiento popular urbano, 1970-1973*. Santiago de Chile: LOM Ediciones.

Gaudichaud, F. (2016). *Chile, 1970-1973. Mil días que estremecieron al mundo. Poder popular, cordones industriales y socialismo durante el gobierno de Salvador Allende*. Santiago de Chile: LOM Ediciones.

Gramsci, A. (1975). *Cuadernos de la cárcel*. Ciudad de México: Ediciones ERA.

Grupo de Estudios El Germinal. (2019). *Se levanta el clamor popular. Experiencias del pueblo organizado durante el gobierno de los mil días, 1970-1973*. Concepción: Talleres Sartaña.

Guzmán, P. (1976). *La Batalla de Chile*, volumen 3, [largometraje documental]. <https://www.youtube.com/watch?v=yarS-ifaHI8>.

Henry, R., Salém, J. y Canibilo, V. (comps.) (2020). *La vía chilena al socialismo. 50 años después*. Buenos Aires: CLACSO-Ocho Libros.

Hernández, M. (ed.) (2004). *El pensamiento revolucionario de Bautista van Schouwen (1943-1973)*. Concepción: Escaparate.

- Leiva, S. (2010). *Revolución socialista y poder popular. Los casos del MIR y el PRT-ERP, 1970-1976*. Concepción: Escaparate.
- Lenin, V. (1981). *Obras escogidas*. Moscú: Progreso.
- Lovera, P. (2020). *Luciano Cruz Aguayo. Como una ola de fuerza y luz*. Santiago de Chile: Pehuén.
- Magasich, J. (2020-2023). *Historia de la Unidad Popular*. Santiago de Chile: LOM Ediciones.
- Mandel, E. (1974). *Control obrero, consejos obreros y autogestión*. Ciudad de México: Ediciones ERA.
- Marx, K. (1979). *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850*. Moscú: Progreso.
- Marx, K. (2003). *La guerra civil en Francia*. Madrid: Fundación Friedrich Engels.
- Marx, K. (2010). *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Marx, K. (2017). *Antología*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Marx, K., Engels, F. y Lenin, V. I. (2014). *La comuna de París*. Madrid: Akal.
- Mazzeo, M. (2014). *Introducción al poder popular. El «sueño de una cosa»*. Santiago de Chile: Tiempo Robado Editoras.
- MIR (1965). Chile en camino de la revolución socialista. *El Rebelde* (32), pp. 1-4.
- Müller, J. (1971). *Funerales de Luciano Cruz Aguayo, Chile*, corto documental, 14min, 16mm, blanco y negro.
- Navarrete Vergara, J. (coord.) (2023). *El MIR y los movimientos populares durante la Unidad Popular, 1970-1973*. Santiago de Chile: Tiempo Robado Editoras.
- Ortiz, M., Seguel, P. y Urrutia, M. (2021-2022). *Izquierdas y Poder Popular en Chile, 1970-1973*. Concepción: Escaparate.

- Osztlak, Ó. (2016). *La trama oculta del poder. Reforma agraria y comportamiento político de los terratenientes chilenos, 1958-1973*. Santiago de Chile: LOM Ediciones.
- Pinto, J. (ed.) (2005). *Cuando hicimos historia. La experiencia de la Unidad Popular*. Santiago de Chile: LOM Ediciones.
- Pinto, J. (ed.). (2014). *Fiesta y drama. Nuevas historias de la Unidad Popular*. Santiago de Chile: LOM Ediciones.
- Salazar, G. y Pinto, J. (2010). *Historia contemporánea de Chile*, t. I. Santiago de Chile: LOM Ediciones.
- Secretariado Nacional del MIR (1969) *¿Cuál es el camino: «Grupo Operativo» o las «Acciones Directas»?* Fondo Miguel Enríquez, Archivo Histórico Nacional, Santiago de Chile.
- Secretariado Nacional del MIR (1970) El MIR y el resultado electoral. *Punto Final*, (115), suplemento, 13 de octubre, pp. 1-11.
- Seguel, P. (2022). *Soldados de la represión. Anticomunismo, seguridad nacional y contrasubversión en las Fuerzas Armadas chilenas, 1970-1975*. Santiago de Chile: Ediciones Universidad Alberto Hurtado.
- Thielemann, L. (2018). La rudeza pagana: sobre la radicalización del movimiento obrero en los largos sesenta. Chile, 1957-1970. *Izquierdas*, (44), pp. 114-133.
- Valdivia, V. (2008). *Nacionales y gremialistas. El «parto» de la nueva derecha política chilena, 1964-1973*. Santiago de Chile: LOM Ediciones.
- Valdivia, V. (2014). Chile, ¿un país de excepción? La Ley de Control de Armas y la maquinaria represiva puesta en marcha. En: *Fiesta y drama. Nuevas experiencias de la Unidad Popular*. Pinto, J. (ed.), Santiago de Chile: LOM Ediciones.

- Vitale, L. (1995). *De Martí a Chiapas: balance de un siglo*. Santiago de Chile: Editorial Síntesis.
- VV. AA. (1972). Consejos obreros y democracia socialista. *Cuadernos de Pasado y Presente*, (33).
- Winn, P. (2004). *Tejedores de la revolución. Los trabajadores de Yarur y la vía chilena al socialismo*. Santiago de Chile: LOM Ediciones.
- Yoclevzky, R. (1987). *La Democracia Cristiana chilena y el gobierno de Eduardo Frei Montalva (1964-1970)*. Ciudad de México: Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco.
- Zavaleta, R. (1974). *El poder dual en América Latina*. Ciudad de México: Siglo XXI Editores.

Notas

¹ Una versión preliminar de este artículo fue presentada en La Habana (Cuba), el 20 de septiembre de 2024, en el marco del I Seminario Internacional de Investigación Cultural, organizado por el Instituto Cubano de Investigación Cultural «Juan Marinello», en ocasión del Taller denominado «Luchar, crear, poder popular. Homenaje al revolucionario chileno Miguel Enríquez (a 50 años de su caída en combate)», junto a los historiadores Marco Álvarez (Chile), Pedro Lovera (Chile), Luis Suárez (Cuba) y Luis Emilio Aybar (Cuba). La presente versión ha sido corregida, actualizada y ligeramente remozada para los fines de esta publicación.

² Curatoría a cargo de los historiadores Marco Álvarez, Pedro Lovera y Jaime Navarrete y la cineasta Carmen Castillo.

³ Véase Secretariado Nacional del MIR (1969).